EL ECO DE CARTAGENA

AÑO XXXVII — DECANO DE LA PRENSA DE LA PROVINCIA — NÚM. 11877

PRECIOS DE SUSCRIPCION

En la Península—Un mes, 2 ptas—Tres meses, 6 id.—Extranjero.—Tres meses, 11'25 id—La suscripción se contará desde 1° y 16 de cada mes.—La correspondencia á la Administración

REDACCION Y ADMINISTRACION MAYOR 24

VIERNES 7 DE OCTUBRE DE 1898

CONDICIONES

El pago será siempre adelantado y en metálico ó en letras de fácil cobro.—Corresponsales en París, A. Lorette rue Caumartin, 61; y J. Jones, Faubourg-Montmartre, 81.

AGUA MINERAL NATURAL DEL VALLE DE VICHY

Fuente St Louis La más fría 12° y menos alterable en el transporte

Sin rival para el Estomago, Higado, Gota, etc.

Se expende en casa de D. Justo Aznar.

ACADEMIA PREPARATORIA

PARA TODAS LAS CARRERAS ESPECIALES

ESTABLECIDA EN EL COLEGIO DE S. ISIDORO

á cargo de los señores D. Adrián Riestra, comandante de Artillería y Doctor en Ciencias Físico Matemáticas; D. Antonio Gutiérrez, Licenciado en la misma facultad; D. José Serrano y D. José Méndez, Ingenieros de Caminos, Puertos y Canales

El curso empieza el 1.° de Octubre.

15, Balcones Azules, 15

JIMÉNEZ DE LA ESPADA

La noticia de su muerte salvó el dintel de la casa mortuoria, penetró en las redacciones de los periódicos, puso en movimiento las plumas de los escritores, hizo gemir las prensas, levanto ecos de pesar en los corazones de los sabios, despertó en la mente un mundo de recuerdos olvidados, y al choque del sentimiento y del orgullo, brotaron los elogios, las alabanzas y el pensamiento resucitó las injusticias causadas, el olvido injustificado, la tacañería en el premiar los servicios del hombre eminente que vivió en el silencio del estudio, observando, aprendiendo, enseñando y difundiendo en el folleto y en el libro, el fruto de sus observaciones y enseñanzas.

¿Que quién es el muerto? Un sabio y como tal desconocido en su país donde se deslizó su larga vida, pero muy conocido en América, donde vivió por accidente desempeñando comisiones científicas; un cartagenero ilustre que no fué profeta en su tierra; un anciano venerable á quien la ciencia debe mucho; un hombre que pasó la vida adquiriendo para su patria honores que debieron premiársele con largueza; un desconocido, un ser raro que permaneció apartado de la corriente común y que no fué gobernador ni alcalde ni contertulio de políticos ni concejal siquiera.

Su muerte ha causado profunda pena entre los pocos que lo conocían y admiraban sus singulares talentos, pues en esta malaventurada España solo se rinde culto a los que logran popularidad en el campo de la política.

El Sr. Jiménez de la Espada fué ayudante del Museo de Ciencias Naturales en 1858. Formó parte en la comisión científica que fué al Pacífico en la fragata «Covadonga». Exploró los Andes. Recorrió el Brasil, la Argentina, Chile, Perú y el Ecuador, sacando de tales exploraciones y viajes enseñanzas tan grandes y colecciones tan numerosas, que con ellas se celebró una Exposición en el Jardín Botánico de Madrid.

Producto de aquella tarea investigadora son doce tomos que el Sr. Jiménez de la Espada deja escritos sobre Historia, Geografía y Zoología de la América Española, multitud de folletos sobre diferentes cuestiones, habiendo quedado inéditos otros de trabajos.

Fué representante de España en varios Congresos americanistas. La América Española, representada por el Perú, creó una medalla de oro para premiarle sus estudios sobre aquel continente.

Sobre ese premio especialísimo dijo la prensa de aquel país:

«Le premian por sus admirables trabajos acerca de la Historia Americana y el espíritu de verdad y de justicia que guía su pluma. Ha proyectado brillante luz sobre muchos puntos dudosos unos y obscuros otros; ha sacado del olvido preciosos manuscritos fomentando con incansable actividad el estudio de los tiempos primitivos de América y ha *desvanecido así no pocos errores y preocupaciones* que impedían ver la obra del descubrimiento y de la colonización con *todos sus sacrificios y su grandeza*. Si su patria le es deudora de tan importante servicio, corresponde también á los americanos enviarle una palabra, no de estímulo que no lo necesita, sino de estimación y de reconocimiento.»

Fué académico de la Historia y de la de Ciencias Morales y no pudo tomar posesión porque no tuvo dinero para pagar la impresión de los discursos.

Hombre que tanto valía, y que tanto honro á su país, ha muerto pobre, *más aun, pobrísimo*. Por toda herencia, deja á su esposa y sus hijos un montón de diplomas y otro de condecoraciones que certifican de su talento y de su ciencia; pero la gaveta está vacía y en tales condiciones la vida es imposible.

El hombre que acaba de morir tuvo una patria chica—Cartagena—otra patria grande—España—y casi una tercera patria—América.—Todas y cada una le deben gratitud; sobre todas y cada una proyectó su luz la potente inteligencia que se acaba de apagar. Hagan luz en la vida de los supervivientes del muerto ilustre y habrán pagado del único modo posible la deuda de gratitud que contrageron con él.

—

Hé aquí la partida de bautismo del sabio á quien hemos dedicado las anteriores líneas:

«En la Iglesia de Santa María de Gracia de esta Ciudad de Cartagena, á seis de Marzo de 1831, Yo D. Pedro Dupont, Pbro. y Teniente de Cura de esta Parroquia, Bautizé solemnemente y crismé á un niño y puse por nombre Marcos Jesús Eusebio que nació día cinco de dicho mes á las cinco de la mañana: hijo legítimo de D. Francisco Giménez de la Espada natural de esta ciudad; y de D.ª Petra Evangelista, natural de Orduña; abuelos paternos D. Marcos Giménez de la Espada, natural de Murcia; y D.ª Salvadora Díaz y Agüera, natural de la Palma; maternos D. Manuel Evangelista natural de Salamanca y D.ª María Antonia Irazusta, natural de Tolosa de España. Fueron Padrinos D. José Giménez y Sor Josefa María San Miguel Carmelita (Del) Descalza, en Caravaca, á quienes advertí su obligación y parentesco espiritual. Testigos D. Carlos Ruiz Basques y D. Carlos Ruiz Benedicto.

Pedro Dupont.»

GLORIAS NACIONALES

Heróica defensa de Moyá.

8 de Octubre de 1839.

A pesar de hallarse los anales de nuestras fratricidas luchas llenos de hechos que patentizan cuan grande eran la tenacidad y el encono, la bravura y la decisión con que en ellas peleaban los contendientes, pocos hechos son tan irrecusable y viril prueba de ello, como el que hoy conmemoramos: la valerosa resistencia que en tal día como hoy opusieron la guarnición y los vecinos de Moyá (Cataluña), á las huestes carlistas que mandaba el conde de España.

Este general del Pretendiente, que á la sazón venía desplegando gran actividad y energía en Cataluña, se presentó el 8 de Octubre de 1839 en las proximidades de Moyá, intimando sin pérdida de tiempo la rendición.

Esta fué rechazada por el jefe de la tropa y nacionales que guarnecían el pueblo, y por tal motivo, el jefe carlista lo atacó en la noche de aquel mismo día.

En un principio, los soldados y nacionales, ayudados por todos los vecinos que tenían armas de fuego, opusieron tenaz resistencia; más abrumados por el número, no pudieron sostenerse en sus puestos largo tiempo y se replegaron á la iglesia parroquial y al colegio de los Escolapios, donde habían encerrado á las mujeres y niños, y en ambos edificios continuaron defendiéndose con tesón y bravura, tanto que el conde de España les amenazó con incendiar el pueblo si no se rendían enseguida.

Temiendo los vecinos que el enemigo llevara adelante su amenaza, obligaron al comandante de la guarnición á entrar en negociaciones, y se suspendió la lucha, más se reanudó al día siguiente; pues por haber hecho prisioneros los carlistas á los comisionados de los defensores de la iglesia parroquial, fueron recibidos á tiros los que aquellos enviaron al edificio de los Escolapios, cosa que exasperó al general carlista, induciéndole esto á ordenar que la artillería franqueara la entrada en aquel edificio; mas por haber hecho imposible los liberales con sus certeros disparos tal operación, valiéndose de escaleras y cuerdas subieron al tejado del colegio unos cuantos soldados del Pretendiente y por boquetes que abrieron en la bóveda de la iglesia dispararon sus trabucos, penetrando seguidamente en el edificio por las bohardillas.

Lo que entonces tuvo lugar en el interior de aquel edificio, fué verdaderamente horrible; bástenos sólo decir que en un principio fué favorable á los liberales la sangrienta y reñida lucha que se trabó; pero como los carlistas no cesaban de entrar en el colegio, primero por el tejado, después por la puerta, el número llegó á vencerlos, hasta el extremo de que no quedó ni uno sólo con vida de cuantos se encerraron en aquel fatalísimo edificio, excepción hecha de las mujeres y niños, encerrados en apartadas habitaciones.

Los defensores de la iglesia parroquial lograron salvar sus vidas.

MARSE RODRIGO

(*Prohibida la reproducción*)

Azucena recordaba que en el sitio donde aquel golpe había resonado, no había visto puerta alguna.

Se incorporó violentamente en la cama, con la sangre concentrada al corazón, cuyos latidos hubieran podido oirse.

Allí había sin duda una puerta secreta.

¿Quién llamaba á aquella puerta?

Resonó un segundo golpe algo mas fuerte.

Azucena saltó estremecida del lecho y se dirigió á tientas hacia la puerta que ponía en comunicación el dormitorio con las habitaciones de la princesa.

Se detuvo irresoluta antes de llegar á ella, y de una manera instinta é impremeditada, como por efecto de una atracción irresistible, se dirigió hacia el lugar donde habían resonado los dos golpes anteriores, á los que acababa de suceder un tercer y mas fuerte golpe.

Azucena tocó la pared, y sin saber cómo, dió un golpe sobre ella.

Entonces rechinó una puerta, faltó la pared bajo la mano de Azucena, y sintió en ella la mano de un hombre.

—¿Porqué retirais vuestra mano de la mía princesa? dijo la voz de Felipe V.

Azucena calló: su situación era en extremo difícil.

volvía en su cabeza excitándola, creando en ella una fiebre lenta, deliciosa, embriagadora; la fiebre de una ambición que empezaba sin que ella comprendiese que aquello era ambición, como un envenenado siente los primeros síntomas del tósigo antes de saber que ha sido envenenado.

Azucena no podía, pues, dormir.

Su ser estaba inflamado por un fuego desconocido.

Temía, y no sabía lo que temía; esperaba, y no sabía lo que esperaba.

Pretendía dominar aquel torbellino de sensaciones que la atormentaba, y la fuerza del torbellino crecía.

Oyó dar al reloj del alcázar las doce, la una, las dos, sin lograr que el sueño la trajese el reposo.

A cada momento estaba mas calenturienta, á cada momento mas inquieta.

III

Acababan de dar las dos.

Un silencio profundo lo envolvía todo.

En medio de aquel silencio, cerca de su lecho, Azucena oyó clara y distintamente un pequeño golpe dado, al parecer, en una puerta.

había causado la manera clara, distinta, indudable, que había tenido el rey de recibirla.

Felipe V, es cierto, no era, mejor dicho, no se parecía al ser ideal que Azucena guardaba en su alma, como todas las jóvenes que sienten la necesidad del amor antes de conocer á un hombre en quien realizarle.

Felipe V no tenía otra belleza que la de la juventud: se parecía mucho á Luis XIV, su abuelo, que en su avanzada edad era enérgicamente feo.

Felipe V, además, no tenía nada de lo que podía impresionar el alma soñadora de Azucena.

Pero era rey.

La vanidad es el gran enemigo de la mujer, la causa mas poderosa de sus extravíos.

Azucena, como mujer, por mas que no tuviese la conciencia de ella, tenía su parte de vanidad, y esta de una manera instintiva: estaba satisfecha con el triunfo que á primera vista había obtenido para el rey.

Como la princesa, profunda conocedora del corazón humano, había dicho muy bien, el rey se había deslumbrado á la vista de la hermosura de Azucena, y no había sabido ocultar su conmoción.

Por su larga experiencia, por sí misma, conocía muy bien la princesa lo tentador que es para cual-